

El concepto de pobreza en Amartya Sen

HUGO FERULLO

La obra de Amartya Sen se ha convertido en una referencia inevitable para el análisis económico actual del fenómeno de la pobreza. Para comprender cabalmente el concepto de pobreza que se desprende de la visión que Sen tiene sobre las economías modernas de mercado, tenemos que analizar previamente los aspectos principales de la lectura crítica que este profundo autor hace del modelo económico dominante en la disciplina desde mediados de siglo XX. En la primera parte de este breve artículo presentamos algunos de los elementos salientes del enfoque económico propuesto por Sen con la intención de mejorar y completar el modelo neoclásico imperante. La temática de la pobreza, que aparece en la segunda parte de este escrito, se presenta como una aplicación particular del enfoque económico global de nuestro autor, dirigida a un problema crucial que aqueja hoy a las economías modernas de mercado.

1. El enfoque económico de Amartya Sen con centro en las capacidades humanas

Los presupuestos fundamentales sobre los que se construyó el aparato teórico del modelo canónico del agente económico racional están condensados en las características básicas que este modelo asigna a la figura del *homo oeconomicus*, que actúa aquí como unidad de análisis. La obra completa de Amartya Sen puede ser leída como una profunda crítica dirigida hacia estos presupuestos, que obligan a concebir una ciencia de la economía en términos demasiado estrechos.

Con el fin de evitar confusiones en torno del alcance de la polémica que la obra de Sen permite abrir acerca de las limitaciones científicas que el uso del *homo economicus* acarrea, digamos rápidamente que todos los economistas, cualquiera fuere el marco teórico sobre el que apoyan sus principales argumentos, están preocupados esencialmente por las cuestiones económicas que atañen a la vida del hombre concreto, de la gente de carne y hueso. En este sentido, toda teoría económica se refiere necesariamente a una economía “humana”, esto es, una economía que se ocupa no de ángeles ni de demonios, sino del hombre viviendo en sociedad con otros hombres. Lo que Sen cuestiona es la particular abstracción del *homo economicus* empleada en el quehacer científico del economista tradicional¹, centrada en la racionalidad instrumental y en el interés individual tomado como móvil único de la acción humana. Para nuestro autor, estos presupuestos resultan ser demasiado restrictivos en términos del alcance que una ciencia plena de la economía debería tener.

Si, siguiendo el modelo canónico de la disciplina, reducimos el contenido del saber científico de la economía al análisis minucioso y completo de las consecuencias lógicas que pueden deducirse de la conducta “egoísta” y “racional” del *homo economicus*, el resultado que obtenemos guarda una correspondencia remarcable entre los equilibrios que el funcionamiento de los mercados competitivos permiten alcanzar en la órbita del intercambio, por un lado, y las condiciones de optimización de los sujetos basadas en sus preferencias individuales,

por el otro. Pero al restringir de esta manera el campo de la economía, terminamos limitando enormemente la capacidad que esta ciencia debería poseer si pretende abarcar todas las cuestiones económicas de envergadura que se plantean en las sociedades modernas, entre las que el fenómeno de la pobreza figura en un lugar preponderante.

La primera gran limitación del modelo resulta de la tendencia a reducir el campo de lo económico al mundo del intercambio de bienes privados en mercados competitivos, lo que deja arbitrariamente fuera del alcance de la ciencia de la economía a esferas enteras de la realidad que este saber está naturalmente llamado a incluir como parte significativa de su objeto de estudio, tales como las relaciones sociales de producción o los criterios que pueden guiar una distribución justa de lo producido (además de la asignación eficiente de bienes públicos y de los intercambios que se producen en condiciones de competencia muy imperfecta).

La segunda gran limitación que provoca la apuesta por un individuo “racional” que persigue su propio interés tiene que ver, justamente, con la definición demasiado limitada de la racionalidad económica que esta apuesta implica. El modelo económico tradicional supone que la persona tiene un orden de preferencias que refleja sus propios intereses. Una vez fijado para el individuo, este orden de preferencias representa también su bienestar y, simultáneamente, le indica a la persona lo que debe hacer, a la vez que describe de manera satisfactoria lo que el individuo efectivamente hace, las decisiones que toma y la conducta que manifiesta a través de sus elecciones. La pregunta que se hace Sen es muy sencilla: “¿Puede un orden de preferencias hacer todas estas cosas?”² La respuesta de este autor es igualmente sencilla. Una persona descrita de esta manera puede ser considerada “racional” en el sentido específico de que su conducta no revela ningún tipo de inconsistencia lógica en sus elecciones; pero si no puede distinguir entre conceptos tan diferentes (como las preferencias, el bienestar, las prescripciones morales y la conducta efectiva), estamos en presencia de una persona cuya racionalidad la torna en realidad un tanto idiota (“*rational fool*”).

Lo que Sen nos enseña es que la racionalidad económica no tiene por qué verse reducida a su dimensión instrumental. La gente atribuye a sus actos no sólo el valor de servir de instrumento para lograr otra cosa (un fin), sino también, y muchas veces sobre todo, un valor intrínseco. Si enriquecemos nuestro razonamiento dotándolo de las distinciones convenientes (por ejemplo aquéllas que hacen del bienestar personal y de las preferencias cosas distintas), la racionalidad puede ser también usada para someter nuestros propios valores y elecciones a la crítica de la razón (la nuestra y la de los otros). Este enfoque de la racionalidad puede muy bien iluminar, en el mundo de lo económico, las elecciones y acciones tanto individuales como sociales. Y esto nos brinda la oportunidad de apartarnos de los dos modelos reduccionistas de racionalidad dominantes en economía: la consistencia interna de la acción individual, por un lado, e interés individual como razón única para obrar, por el otro.

De acuerdo con Sen, el supuesto de que, en los asuntos económicos, la razón humana se concentra en la búsqueda de la mera consistencia interna de las elecciones y decisiones del *homo economicus*, termina imponiendo de manera autoritaria un conjunto de axiomas cuyas consecuencias deben respetarse de manera totalmente independientes del contexto de la acción del sujeto. Y si dejamos fuera de análisis el contexto histórico, cultural y social donde tienen lugar las acciones de los hombres, la explicación económica de esas acciones queda necesariamente trunca. Por otro lado, si imponemos que la acción de cada uno tiene que reducirse necesariamente a perseguir de manera inteligente su propio interés, lo que hacemos es limitar arbitrariamente los diferentes motivos de nuestra acción, o las diferentes razones que tenemos para actuar como sujetos, a la necesaria conformidad con la especificación de algunos objetivos y valores definidos a priori como correctos.

Los escritos de Amartya Sen nos recuerdan de manera insistente las viejas enseñanzas de Adam Smith, que se encargó puntualmente de enfatizar la importancia que tienen los “sentimientos morales” en las elecciones racionales de los sujetos. La obra

del gran pensador escocés, que sirve muchas veces de guía a las grandes preguntas que dirige Sen al pensamiento económico actual, exhibe una extensa discusión acerca de cómo los valores morales, tales como la generosidad y el espíritu público, alteran nuestra conducta y nuestras elecciones. Para Smith y para Sen, el mero interés individual es una explicación razonable de las decisiones económicas sólo en el caso especial del intercambio voluntario mutuamente ventajoso (como es el caso del carnicero, del cervecero y del panadero en relación con sus clientes). Más allá de estos casos sencillos, la noción de racionalidad realmente relevante para la economía involucra todas las ambigüedades inherentes a esta noción.

La obra de Sen es una muestra cabal de cómo, sin eludir sistemáticamente las ambigüedades, el pensamiento económico puede reconocer explícitamente en sus modelos científicos que los individuos, en tanto agentes libres y racionales, son capaces de ir más allá de la búsqueda exclusiva del respectivo bienestar individual de cada uno, reconociendo la rica variedad de motivaciones y razones que tiene la gente para obrar³. Entre las motivaciones y objetivos que tienen importancia en la determinación de las preferencias y elecciones del sujeto económico hay que incluir, por ejemplo, su identidad, sus lealtades, sus compromisos, su participación activa en la obtención de los resultados que persigue y, sobre todo, el resguardo de sus libertades fundamentales (y no sólo las libertades “negativas” que aseguran la ausencia de coerción, definida en términos de interferencia intencional de otra gente en lo que constituye el dominio propiamente individual).

Otra de las limitaciones centrales del pensamiento económico construido sobre los presupuestos que se usan para definir la conducta ideal del *homo economicus* tiene que ver con la posición agudamente crítica de Sen en relación con un viejo resabio utilitarista, aquél que manda a la economía a interesarse sólo por los resultados de la acción humana (las consecuencias de lo elegido por el sujeto individual, en términos de alguna optimización⁴), sin detenerse a considerar la situación del sujeto en tanto actor o “agente” (quién es el que decide hacer qué cosa).

Para analizar tanto la acción del sujeto económico como el proceso de desarrollo de la economía globalmente considerada, y alejado del consecuencialismo y de la optimización propia del utilitarismo, el pensamiento de Sen apela a la distinción clásica entre acto y potencia. Bajo la luz de estas categorías aristotélicas de análisis, sólo el proceso de maximización propio del mundo físico o natural puede pensarse que se realiza sin ninguna intervención de la voluntad explícita de un sujeto maximizador. La maximización que busca el sujeto económico se realiza, por el contrario, a través de actos donde la elección personal reviste una importancia fundamental, y esta elección está siempre asociada a condiciones y circunstancias específicas en las que se lleva a cabo el acto de elegir. Y entre estas condiciones y circunstancias figura nada menos que la propia identidad del sujeto que elige, además del menú concreto de opciones que se le presenta y las normas sociales que lo inducen a actuar de determinada manera⁵.

El proceso efectivo de elección del sujeto está surcado por el sentido de responsabilidad por sus propios actos, lo que ejerce también una influencia decisiva en la definición y valoración que el sujeto económico hace del ranking de preferencias sobre los resultados de sus acciones. El enfoque de “capacidades”, asociado directamente al nombre de Amartya Sen, hunde sus raíces en la “potencia” que tiene el ser humano para actuar y para contribuir con sus actos al desarrollo pleno de la sociedad. La capacidad que tiene el sujeto económico para decidir y actuar constituye para Sen el “espacio” más apropiado para evaluar su bienestar, mucho más que el espacio de los bienes (que puede inducir al “fetichismo de la mercancía” denunciado por Marx) y que el espacio de las utilidades (siempre ligado, de manera directa o lejana, al utilitarismo de J. Bentham). Para Sen, el verdadero bienestar del sujeto económico no se deduce de la mera posesión de los bienes, ni de la “utilidad” tal como ésta es definida por la teoría clásica del consumidor racional, sino de lo que la persona logra efectivamente hacer con los bienes, dadas las características de éstos, sus características personales y las circunstancias externas que definen el marco

concreto de cada decisión y acción.

Lo que una persona puede hacer o ser, guarda una relación directa con los “funcionamientos” que puede lograr. Estos funcionamientos van desde las necesidades primarias referidas a la alimentación y la salud, hasta las funciones más complejas que la vida social requiere, como la dignidad personal y la integración plena (y sin vergüenza) en los asuntos comunitarios en que el sujeto considera valioso participar. De esta forma, cuando se aplica a nivel individual, el “enfoque de la capacidad” lleva a evaluar el bienestar de la persona “en términos de su habilidad real para lograr funcionamientos valiosos como parte de la vida. El enfoque correspondiente en el caso de la ventaja social (para la evaluación totalizadora, así como para la elección de las instituciones y de la política) considera los conjuntos de capacidades individuales como si constituyeran una parte indispensable y central de la base de información pertinente de tal evaluación. Difiere de otros enfoques que usan otra información, por ejemplo, la utilidad personal (que se concentra en los placeres, la felicidad o el deseo de realización), la opulencia absoluta o relativa (que se concentra en paquetes de bienes, el ingreso real o la riqueza real), la evaluación de las libertades negativas (que se concentra en la ejecución de procesos para que se cumplan los derechos de libertad y las reglas de no interferencia), las comparaciones de los medios de libertad (por ejemplo, la que se refiere a la tenencia de «bienes primarios», como en la teoría de la justicia de Rawls) y la comparación de la tenencia de recursos como base de la igualdad justa (como en el criterio de la «igualdad de recursos» de Dworkin)”⁶.

La identificación de los objetos de valor, aquellos que las personas y las sociedades buscan libremente tener, configuran lo que Sen llama el “espacio evaluativo” que se define en términos de funcionamientos y capacidades. Como los individuos pueden diferir mucho entre sí en la ponderación del valor absoluto y relativo que se asigna a los distintos funcionamientos, la libertad aparece en el centro mismo de la evaluación del bienestar. En el pensamiento de Sen, la libertad es el fin principal del desarrollo económico personal y social, además de cons-

tituir el principal medio con que cuentan los agentes individuales para conseguir los funcionamientos que consideran valiosos⁷. El concepto de libertad sirve, quizás más que ningún otro, para mostrar las sutilezas de un economista que, como Sen, elude sistemáticamente la necesidad de enfrentar opciones éticas extremas:

“Es cierto que la libertad no es un concepto sin problemas. Por ejemplo, si no tenemos el valor para elegir vivir de cierta manera, aunque podamos vivir de esa manera si así lo elegimos, ¿puede decirse que tenemos la libertad de vivir de esa manera, es decir, la capacidad correspondiente? No es mi finalidad aquí encubrir preguntas difíciles de éste y otros tipos. En la medida en que hay ambigüedades genuinas en el concepto de libertad, esto se debe reflejar en las ambigüedades correspondientes a la caracterización de la capacidad... si una idea subyacente tiene una ambigüedad esencial, la formulación precisa de esa idea debe intentar captar esa ambigüedad, en vez de ocultarla o eliminarla”⁸.

2. La pobreza como privación de capacidades básicas

La identificación y la medición de la pobreza se asientan, en la obra de Sen, en las principales características de su enfoque de capacidades, lo mismo que el análisis de otras muy prácticas y urgentes cuestiones análogas, como la calidad de vida, las condiciones del trabajo humano y la medición del bienestar a través de índices complejos de desarrollo personal y comunitario. Para todas estas cuestiones, el trabajo de Sen provee un marco directo de análisis centrado en las potencialidades de la gente y en las condiciones de todo tipo que le restringen la libertad de tener y ser lo que cada uno considera racionalmente que vale la pena tener y ser⁹.

La condición de pobreza de una persona equivale a algún grado de privación que impide el desarrollo pleno de sus capacidades y, en última instancia, de su libertad. La superación de esta condición de privación está obvia y directamente asociada al ingreso real que la gente recibe de su contribu-

ción en el sistema productivo, pero involucra más cosas que el crecimiento de objetos inanimados de conveniencia. El valor de todos estos objetos depende esencialmente de lo que permiten a la gente conseguir en términos de su propia vida, y la libertad sustantiva de las personas no coincide necesariamente con la opulencia económica medida en bienes y servicios¹⁰. En consecuencia, tanto la identificación (quién es pobre) como la medición¹¹ (cuáles son sus características esenciales) de la pobreza son ejercicios intelectuales que requieren ir más allá del campo específico del espacio de bienes, para abarcar el campo de lo social (la expansión de servicios públicos de salud y educación, por ejemplo) y el campo de lo político (la participación activa del sujeto-actor en el proceso de decisiones relacionadas con los grandes fines de la vida humana en común).

Bregar por un concepto amplio y relativamente complejo de la pobreza no significa desconocer que, cuando tratamos este problema, resulta inevitable acudir a la identificación de niveles mínimos aceptables de ciertas capacidades básicas, por debajo de las cuales se considera que las personas padecen de las privaciones más insostenibles. En el tema de la pobreza, el hecho de concentrar la atención en un subconjunto de capacidades elementales crucialmente importantes para la vida de la gente, permite asociar el pensamiento de Sen con el viejo tema de las “necesidades”. Sobre esta cuestión, Amartya Sen se cuida muy bien de subrayar los peligros que encierra la tendencia a definir las necesidades básicas exclusivamente en términos de productos primarios, como la nutrición, la vivienda y el cuidado de la salud, decisión que puede distraer nuestra atención del hecho de que esos productos no son más que medios para obtener fines reales. Pero aún aceptando que estos productos básicos necesarios no son más que insumos valiosos para funcionamientos y capacidades que varían mucho en relación con las características personales y la situación social de las personas, está claro que el enfoque de Sen admite el desarrollo de una lista de necesidades básicas

objetivas, cuya satisfacción resulta absolutamente necesaria para llevar una vida humana verdaderamente digna¹².

Centrado en la privación de capacidades básicas, el enfoque de Sen nos lleva a concentrarnos en la vida empobrecida de la gente que carece de la libertad para emprender las actividades importantes que tiene razones para valorar y elegir¹³, situación que va definitivamente más allá de las billeteras exhaustas. Vista desde la perspectiva de diferentes privaciones en el desarrollo pleno de las potencialidades humanas, la pobreza se nos presenta como un fenómeno inescapablemente multidimensional del que participan los distintos y variados funcionamientos que la gente necesita y valora, relacionados con la alimentación, la salud, la educación, la participación activa en la vida comunitaria, etc. Cualquier privación referida a los funcionamientos valiosos es intrínsecamente importante. Aquí está la diferencia fundamental de las capacidades con la métrica del dinero y de los bienes que definen el ingreso real, cuya importancia (que no es poca) es sólo instrumental. Además, los ingresos monetarios no son el único instrumento que genera capacidades; y los factores de conversión de los ingresos en funcionamientos valiosos varían sensiblemente entre comunidades, familias y personas diferentes. Esta última cuestión resulta fundamental cuando se evalúan políticas de ayuda a, por ejemplo, personas de edad avanzada o a regiones propensas a las inundaciones.

El enfoque basado en las capacidades humanas contribuye de manera harto significativa “a comprender mejor la naturaleza y las causas de la pobreza y la privación, trasladando la atención principal de los *medios* (y de un determinado medio que suele ser objeto de una atención exclusiva, a saber, la renta) a los *fines* que los individuos tienen razones para perseguir y, por lo tanto, a las *libertades* necesarias para poder satisfacer estos fines”¹⁴. Cuando la reducción de la pobreza en términos de ingresos monetarios se convierte en la motivación última de la política de lucha contra la pobreza, se corre el peligro de concebir como meros medios

para conseguir el fin de mejorar los ingresos a cuestiones sustanciales, como la inversión en educación y la asistencia sanitaria, por ejemplo. Esto es sencillamente confundir los fines con los medios, confusión que acarrea consecuencias más que lamentables, que tienen que ver con el hecho de que “los debates sobre la política económica y social se han distorsionado, de hecho, a causa del excesivo énfasis en la pobreza de renta y en la desigualdad de la renta y de la consiguiente despreocupación por privaciones que están relacionadas con otras variables, como el paro, la falta de salud, la falta de educación y la exclusión social”¹⁵.

El último punto de nuestro rápido repaso del tratamiento de la pobreza en el pensamiento de Amartya Sen está referido a su posición al servicio de la opinión de que el debate acerca de esta cuestión debería centrarse en los intereses de los mismos pobres. Esto equivale a decir que estamos frente a un problema de injusticia distributiva que lo sufren los pobres como tales, cuyas características principales se tornan visibles a través de un núcleo irreductible de privación absoluta de necesidades básicas (a lo que se suma complementariamente la situación de privación relativa ligada a las convenciones sociales de cada tiempo y lugar), y no frente a una mera externalidad que molesta a quienes no son pobres.

Las vidas humanas se pueden empobrecer de muchas maneras, y el tratamiento de todas estas maneras, encarados desde una perspectiva amplia de análisis tal como Sen nos convoca a realizar, sirve de muestra clara del mayor desafío que enfrenta hoy la economía como ciencia social. Este desafío apunta a la necesidad que tiene el pensamiento económico actual de abandonar decididamente su apuesta por una racionalidad puramente instrumental, para aplicar la razón también en el debate de los fines que una buena economía debería colectivamente perseguir. De esta manera, el alcance del saber económico se amplía y reinstala en su lugar central al hombre, a todo el hombre y a todos los hombres que integran nuestras sociedades modernas.

Referencias bibliográficas

- Campbell Donald E. y Kelly Jerry S., “The formulation of rational choice”, en *American Economic Review*, Mayo 1994, p.p. 422-434.
- Sen, Amartya K., “Rational fools: a critique of behavioral foundations of economic theory”, en Jane J. Mansbridge (ed.): *Beyond self-interest*, The University of Chicago Press, 1990, pp. 25-43.
- Sen, Amartya K., “Capacidad y bienestar”, en Martha C. Nussbaum y Amartya Sen (compiladores), en *La Calidad de Vida*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 54-83.
- Sen, Amartya K., *Desarrollo y Libertad*, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires, 2000.
- Sen, Amartya K., *Rationality and freedom*, The Belknap Press of Harvard University Press, 2002.

¹ Ver Sen, Amartya K., “Rational fools: a critique of behavioral foundations of economic theory”, en Jane J. Mansbridge (ed.), *Beyond self-interest*, The University of Chicago Press, 1990, pp. 25-43.

² *Ibidem*, pág. 37.

³ Ver Campbell, Donald E. y Kelly Jerry S., “The formulation of rational choice”, en *American Economic Review*, Mayo 1994, pp. 422-434.

⁴ Una distinción importante en la obra de Sen es aquella que se establece entre optimización y maximización. La optimización de un resultado requiere, entre otras cosas, que el sujeto pueda establecer un ranking entre las posibles decisiones, comparándolas una a una de manera estricta (la decisión A es mejor que la B, ésta mejor que la C, etc.). El ejercicio de maximización tiene restricciones menos fuertes que el de optimización; para maximizar, el sujeto tiene que estar en condiciones de construir un ranking de opciones que asegure que la decisión A no es peor que la B, ésta no es peor que la C, etc. La tragedia del asno de Buridan sirve a Sen para mostrar claramente la diferenciación entre optimizar y maximizar: el pobre asno se muere de hambre frente a dos raciones abundantes de heno, por su incapacidad de decidir cuál de estas raciones le resultaba más apetitosa (¡la óptima!).



⁵ Ver Sen, Amartya K., *Rationality and freedom*, The Belknap Press of Harvard University Press, 2002, pág. 159.

⁶ Sen, Amartya K., “Capacidad y bienestar”, en Martha C. Nussbaum y Amartya Sen (compiladores), *La Calidad de Vida*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pág. 55.

⁷ De la libertad, invocada como principal fin y medio clave para el desarrollo humano, los escritos de Sen permiten valorar particularmente dos aspectos, el primero relacionado con el campo de oportunidades que tenemos para alcanzar verdaderamente nuestros objetivos (las cosas que tenemos razones para valorar positivamente) y ligado el segundo a la autonomía en el proceso de nuestras decisiones (tener en nuestras manos las palancas reales de control de nuestras elecciones). Al primero (aspecto “oportunidad” de la libertad), le concierne valorar nuestra real capacidad de lograr las cosas que elegimos racionalmente como buenas, mientras que el segundo (aspecto “proceso”) se centra en el procedimiento mismo de nuestras decisiones como sujetos activos de nuestra libertad (como “agentes” de nuestro propio bienestar).

⁸ *Ibidem*, pp. 58-59.

⁹ El hecho de acentuar la libertad en lugar de reducirse al bienestar material cuando se trata el tema del desarrollo no significa que tengamos que acentuar el contraste entre estos dos logros humanos. De manera análoga a la riqueza material, la libertad puede ser vista como algo muy práctico, como cuan-

do hablamos de librarnos del hambre o de alguna enfermedad, o cuando tomamos conciencia de que la libertad ejerce muchas veces una influencia causal en la capacidad de una sociedad para proveer alimentos para todos (después de todo, la libertad de obtener ganancias empresariales sirve de incentivo para la provisión de alimentos).

¹⁰ La situación de grupos humanos particularmente desfavorecidos en países muy ricos sirve de muestra clara de la divergencia que puede muy bien aparecer entre estos dos valores, interconectados pero para nada idénticos.

¹¹ Detrás de cada medida con la que se intenta contar la población pobre de un país o región hay siempre un concepto analítico teñido necesariamente de ideas generales relativas a la concepción de la pobreza.

¹² Martha Nussbaum ha subrayado de manera más enfática que Amartya Sen la importancia fundamental que, para definir los objetivos centrales del desarrollo económico moderno, tiene el hecho de reconocer la preeminencia de necesidades básicas que son, en cierta medida, independientes de las preferencias de los consumidores.

¹³ Las personas no valoran, por ejemplo, ser analfabetas y entonces deciden no aprender a leer y escribir.

¹⁴ Sen, Amartya K., *Desarrollo y Libertad*, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires, 2000, pág. 117.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 137-38.

